

PLAZA PUBLICA

En busca de la historia Argumentos en el informe

Miguel Angel Granados Chapa

¿Para qué sirve la historia? En 1980, convocados por Alejandra Moreno Toscano, entonces directora del Archivo General de la Nación, diez practicantes de ese oficio, arte y ciencia se ocuparon de ofrecer variadas respuestas a esa pregunta. Recupero de entre ellas la formulada por Héctor Aguilar Camín:

“... historia para atender las urgencias y preguntas del presente, para afianzar o inventar una identidad y reconquistar continuamente la certeza de un destino colectivo o personal; historia para dirimir las legitimidades del poder para imponer o negar la versión de los vencedores... O para el ejemplo de la vida, para el repertorio infinito de la acción”.

Para todos esos propósitos quiso servir, sin duda, el ejercicio hecho por el presidente De la Madrid en la parte final de su informe del domingo pasado. Conforme a los usos en ceremonias semejantes, De la Madrid recurrió al pasado como justificación del régimen del que su gobierno forma parte. Se propuso mostrar que el proyecto nacional, que va de la Independencia a la Revolución, es un continuo histórico cuyo extremo nos alcanza hoy mismo. Puede ser discutible, lo es de hecho, su visión de la evolución mexicana, pero es de gran importancia que el Presidente haya apelado al ayer como explicación y fundamento de lo que ocurre hoy.

En el fondo, proceder de esa manera implica reconocer, por un lado, la flacura de los logros presentes, que no valen por sí mismos, sino en función de otros muchos que en el pasado tuvieron lugar. Y, por otra parte, que la fuente principal de la impugnación reaccionaria al gobierno no surge de ahora, sino que hunde sus raíces en el tiempo. De esa manera, hemos asistido a la paradoja de que un gobierno conservador como el de hoy, se propone obtener legitimidad en oposición al conservadurismo histórico mexicano.

Y es que, desprovisto del auxilio histórico, de la apelación a que todos los mexicanos reconozcan en la Revolución y el sistema político creado por ésta la causa de la estabilidad que nos permitió en muchos aspectos transitar del feudalismo al capitalismo, el informe hubiera quedado desnudo, sujeto a sus propias fuerzas, a la credibilidad escasa que por sí mismo fuese capaz de provocar. Hay en ello, por consecuencia, una suerte de autocrítica implícita, un reconocimiento de que las cosas, como van, no son satisfactorias para la mayor parte de los mexicanos, a los que es preciso recordarles su historia para que no renieguen de los frutos contemporáneos que aquélla rinde.

Entre esos frutos, inadmisibles para un gran número de ciudadanos, se encuentra la calificación dada a las elecciones por el gobierno, no sólo en el Colegio Electoral, sino el domingo mismo, en la apertura de sesiones de la nueva legislatura. Si el Presidente de la República subraya que hubo irregularidades, pero poquitas, es decir, que no fue grande el número de casos en que se produjeron complicaciones comiciales, no extraña que yendo más allá el secretario de Gobernación hubiera llegado al extremo de llamarlas “extraordinariamente limpias”.

Todo el mundo sabe, incluidos quienes expresan lo contrario, que el proceso electoral de 1985 estuvo particularmente afectado por anomalías, para llamarlas benévolamente. Si se busca hacernos creer lo contrario, no bastará ninguna invocación al nutritivo pasado mexicano para otorgar de nuevo credibilidad al gobierno.